Hernán Cortés

Segunda Carta de Relación

Aquí me salieron a ver y a hablar fasta mil hombres principales, ciudadanos de la dicha ciudad, todos vestidos de una manera y habito, y según su costumbre bien rico; y llegados a me fablar, cada uno por si hacía, en llegando a mí, una ceremonia que entre ellos se usa mucho, que ponía cada uno la mano en la tierra y la pesaba; y así estuve esperando casi una hora fasta que cada uno hiciese su ceremonia.

E ya junto a la ciudad está un puente de madera de diez pasos de anchura, y por allí está abierta la calzada, porque tenga lugar el agua de entrar y salir, porque crece y mengua, y también por fortaleza de la ciudad, porque quitan y ponen unas vigas muy luengas y anchas, de que la dicha puente está hecha, todas las veces que quieren, y destas hay muchas por toda la ciudad, como adelante, en la relación que de las cosas della haré, V. A. verá.

Pasada este puente, nos salió a recibir aquel señor Muteczuma con fasta doscientos señores, todos descalzos y vestidos de otra librea o manera de ropa, asimismo bien rica a su uso, y más que la de los otros; y venían en dos procesiones, muy arrimados a las paredes de la calle, que es muy ancha y muy hermosa y derecha, que de un cabo se parece: el otro, y tiene dos tercios de legua, y de la tercera parte y de la otra muy buenas y grandes casas, así de aposentamientos como de mezquitas; y el dicho Muteczuma venia por medio de la calle con dos señores, el uno a la mano derecha y el otro a la izquierda; de los cuales el uno era aquel señor grande que dije que me había salido a fablar en las andas, y el otro era su hermano del dicho Muteczuma, señor de aquella ciudad de Iztapalapa, de donde yo aquel día había partido; todos tres vestidos de una manera, excepto el Muteczuma, que iba calzado, y los otros dos señores descalzos: cada uno le llevaba de su brazo; y como nos juntamos, yo me apeé, y le fui a abrazar solo: e aquellos dos señores que con el iban me detuvieron con las manos para que no le tocase; y ellos y el hicieron asimismo ceremonia de besar la tierra; y hecha, mandó a aquel su hermano que venía con el que se quedase conmigo y me llevase por el brazo, y el con el otro se iba adelante de mi poquito trecho; y después de me haber el tablado, vinieron asimismo a me fablar todos los otros señores que iban en las dos procesiones, en orden uno en pos de otro, e luego se tornaban a su procesión. E al tiempo que yo llegue a hablar al dicho Muteczuma, quitome un collar que llevaba de margaritas y diamantes de vidrio, y se lo eche al cuello; e después de haber andado la calle adelante, vino un servidor suyo con dos collares de camarones, envueltos en un paño, que eran hechos de huesos de caracoles colorados, que ellos tienen en mucho; y de cada collar colgaban ocho camarones de oro, de mucha perfección, tan largos casi como un geme; e como se los trujeron, se volvió a mí y me los

echo al cuello, y torno a seguir por la calle en la forma ya dicha, fasta llegar a una muy grande y hermosa casa, que él tenía para nos aposentar, bien aderezada.

Francisco López de Gómara

La conquista de México

Por esta calzada fue Cortés con sus cuatrocientos compañeros, y otros seis mil indios amigos, de los pueblos que atrás pacificó. Apenas podía andar, con la apretura de la mucha gente que a ver los españoles salía. Llegó cerca de la ciudad, donde se junta otra calzada con ésta y donde está un baluarte fuerte y grande, de piedra, dos estados alto, con dos torres a los lados, y en medio un petril almenado y dos puertas; fuerza harto fuerte. Aquí salieron cuatro mil caballeros cortesanos a recibirle, vestidos ricamente a su usanza, y todos de una misma manera. Cada uno, como Cortés llegaba, tocaba su mano derecha en tierra, besábala, humillábase y pasaba delante por la orden que venían. Tardaron una hora en esto, y fue cosa de mucho mirar. Desde el baluarte sigue todavía la calzada, y tiene, antes de entrar en la calle, un puente de madera levadiza y diez pasos ancha, por el ojo de la cual corre agua y entra de la una en la otra.

Hasta este puente salió Moteczuma a recibir a Cortés, debajo de un palio de pluma verde y oro, con mucha argentería colgando, que lo llevaban cuatro señores sobre sus cabezas. Traíanle de los brazos Cueltlauac y Cacama, sobrinos suyos y grandes príncipes. Venían todos tres a una manera riquísimamente ataviados, salvo que el señor traía unos zapatos de oro y piedras engastadas que solamente eran las suelas prendidas con correas, como se pintan a lo antiguo. Andaban criados suyos de dos en dos, poniendo y quitando mantas por el suelo, no pisase en la tierra. Seguían luego doscientos señores como en procesión, todos descalzos, y con ropas de otra más rica librea que los tres mil primeros. Moteczuma venía por medio de la calle, y éstos detrás y arrimados cuanto podían a las paredes, los ojos en tierra, por no mirarle a la cara, que es desacato. Cortés se apeó del caballo, y como se juntaron, fuele a abrazar a nuestra costumbre. Los que le traían de brazo le detuvieron, que no llegase a él, que era pecado tocarle; saludáronse empero, y Cortés le echó entonces al cuello un collar de margaritas y diamantes y otras piedras de vidrio. Moteczuma se fue delante con el un sobrino, y mandó al otro que llevase por la mano a Cortés luego tras él y por medio de la calle. En comenzando a ir, llegaron los de la librea uno a uno a hablar y darle el parabién de su llegada, y tocando la tierra con la mano, pasaban, y tornábanse a su orden y lugar. No acabaran aquel día si

todos los de la ciudad hubieran, como querían, de saludarle; más como el rey iba delante, volvían todos las caras a la pared, y no osaban llegar a Cortés.
A Moteczuma plugo el collar de vidrio, y por no tomar sin dar mejor, como gran príncipe, mandó luego traer dos collares de camarones colorados, gruesos como caracoles, y que allí estiman en mucho, y que de cada uno de ellos colgaban ocho camarones de oro, de labor perfectísima, y de a jeme cada uno; y púsoselos al pescuezo con sus propias manos, que lo tuvieron a favor grandísimo, y se maravillaron de ello.

Bernal Díaz del Castillo

Verdadera Historia de la Conquista de la Nueva España

Y aquellos grandes caciques enviaba el gran Montezuma adelante a recibirnos, y ansi como llegaban ante Cortes, decían en su lengua que fuésemos bienvenidos, y en señal de paz tocaban con la mano en el suelo y besaban la tierra con la mesma mano. Ansí que estuvimos parados un buen rato, y desde allí, se adelantaron el Cacamaci, señor de Tezcuco, y el señor de Iztapalapa y el señor de Tacuba y el señor de Coyoacán a encontrarse con el gran Montezuma, que venía cerca, en ricas andas, acompañado de otros grandes señores y caciques que tenían vasallos.
Ya que llegábamos cerca de México, adonde estaban otras torrecillas, se apeó el gran Montezuma de las andas, y traianle de brazo aquellos grandes caciques, debajo de un palio riquísimo a maravilla, y el color de plumas verdes con grandes labores de oro, con mucha argentería y perlas y piedras chalchiuis que colgaban de unas como bordaduras, que hobo mucho que mirar en ello.
Y el gran Montezuma venia muy ricamente ataviado, según su usanza, y traía calzados unos como cotaras, que ansi se dice lo que se calzan: las suelas de oro y muy preciada pedrería por encima de ellas. E los cuatro señores que le traían de brazo venían con rica manera de vestidos a su usanza, que parece ser se los tenían aparejados en el camino para entrar con su señor, que no traían los vestidos con los que nos fueron a recibir. E venían, sin aquellos cuatro señores, otros cuatro grandes caciques que traían el palio sobre sus cabezas y otros muchos señores que venían delante del gran Montezuma barriendo el suelo por donde había de pisar, y le ponían mantas porque no pisase la tierra. Todos estos señores ni por pensamiento le miraban en la cara, sino los ojos bajos e con mucho acato, eceto aquellos cuatro debdos e sobrinos suyos que le llevaban de brazo. E como Cortés vio y entendió e le dijeron que venía el gran Montezuma, se apeó del caballo; y desque llego cerca de Montezuma, a una se hicieron grandes acatos. El Montezuma le dio el bienvenido e nuestro Cortes le respondió con dona

Marina que el fuese el muy bienestado. E paréceme que el Cortes, con la lengua dona Marina, que iba junto a Cortes, le daba la mano derecha, y el Montezuma no la quiso e se la dio al Cortes. Y entonces saco Cortes un collar, que traía muy a mano, de unas piedras de vidrio, que ya he dicho que se dicen margajitas, que tienen dentro de si muchas labores e diversidad de colores, y venia ensartado en unos cordones de oro con almizcle, porque diesen buen olor, y se le echo al cuello el gran Montezuma. Y cuando se le puso le iba abrazar, y aquellos grandes señores que iban con el Montezuma detuvieron el brazo a Cortes, que no le abrazase, porque lo tenían por menosprecio. Y luego Cortes, con la lengua dona Marina, le dijo que holgaba ahora su corazón en haber visto un tan gran príncipe y que le tenía en gran merced la venida de su persona a les recibir y las mercedes que le hace a la continua.

Entonces el Montezuma le dijo otras palabras de buen comedimiento e mando a dos de sus sobrinos, de los que le traían de brazo, que era el señor de Tezcuco y el señor de Coyoacán, que se fuesen con nosotros hasta aposentarnos, y el Montezuma con los otros dos sus parientes, Cuedlavaca y el señor de Tacuba, que le acompañaban, se volvió a la cibdad. Y también se volvieron con él todas aquellas grandes compañías de caciques y principales que le habían venido acompañar. Cuando se volvían con su señor, estabamoslos mirando como iban todos los ojos puestos en tierra, sin miralle y muy arrimados a la pared, e con gran acato le acompañaban. E ansi tuvimos lugar nosotros de entrar por las calles de México sin tener tanto embarazo.

Bernardino de Sahagún

Historia General de las cosas de la Nueva España – Texto Náhuatl

En este tiempo se adereza, se engalana Motecuhzoma para ir a darles el encuentro. También los demás grandes príncipes, los nobles, sus magnates, sus caballeros. Ya van todos a dar el encuentro a los que llegan. En grandes bateas han colocado flores de las finas: la flor del escudo, la del corazón; en medio se yergue la flor de buen aroma, y la amarilla fragante, la valiosa. Son guirnaldas, con travesaños para el pecho.

También van portando collares de oro, collares de cuentas colgantes gruesas, collares de tejido de petatillo.

Pues allí en Huitzillan les sale al encuentro Motecuhzoma. Luego hace dones al capitán, al que rige la gente, y a los que vienen a guerrear. Los regala con dones, les pone flores en el cuello, les da collares de flores y sartales de flores para cruzarse el pecho, les pone en la cabeza guirnaldas de flores.

Pone en seguida delante los collares de oro, todo género de dones, de obsequios de bienvenida.
Cuando él hubo terminado de dar collares a cada uno, dijo Cortés a Motecuhzoma:
- ¿Acaso eres tú? ¿Es que ya tú eres? ¿Es verdad que eres tú Motecuhzoma?
Le dijo Motecuhzoma.
-Sí, yo soy.
Inmediatamente se pone en pie, se para para recibirlo, se acerca a él y se inclina, cuanto puede dobla la cabeza; así lo arenga, le dijo:
-Señor nuestro: te has fatigado, te has dado cansancio: ya a la tierra tú has llegado. Has arribado a tu ciudad: México. Aquí has venido a sentarte en tu solio, en tu trono. Oh, por tiempo breve te lo reservaron, te lo conservaron, los que ya se fueron, tus sustitutos.
Los señores reyes, Itzcoatzin, Motecuhzomatzin el Viejo, Axayácatl, Tízoc, Ahuítzotl. Oh, que breve tiempo tan sólo guardaron para ti, dominaron la ciudad de México. Bajo su espalda, bajo su abrigo estaba metido el pueblo bajo.
¿Han de ver ellos y sabrán acaso de los que dejaron, de sus pósteres?
¡Ojalá uno de ellos estuviera viendo, viera con asombro lo que yo ahora veo venir en mí!
Lo que yo veo ahora: yo el residuo, el superviviente de nuestros señores.
No, no es que yo sueño, no me levanto del sueño adormilado: no lo veo en sueños, no estoy soñando ...
¡Es que ya te he visto, es que ya he puesto mis ojos en tu rostro! ...
Ha cinco, ha diez días yo estaba angustiado: tenía fija la mirada en la Región del Misterio.
Y tú has venido entre nubes, entre nieblas. Como que esto era lo que nos habían dejado dicho los reyes, los que rigieron, los que gobernaron tu ciudad:
Que habrías de instalarte en tu asiento, en tu sitial, que habrías de venir acá ...
Pues ahora, se ha realizado: ya tú llegaste, con gran fatiga, con afán viniste.
Llega a la tierra: ven y descansa; toma posesión de tus casas reales; da refrigerio a tu cuerpo.
¡Llegad a vuestra tierra, señores nuestros!
Cuando hubo terminado la arenga de Motecuhzoma: la oyó el marqués, se la tradujo Malintzin, se la dio a entender.
Y cuando hubo percibido el sentido del discurso de Motecuhzoma, luego le dio respuesta por boca de Malintzin. Le dijo en lengua extraña; le dijo en lengua salvaje:
-Tenga confianza Motecuhzoma, que nada tema. Nosotros mucho lo amamos. Bien satisfecho está hoy nuestro corazón. Le vemos la cara, lo oímos. Hace ya mucho tiempo que deseábamos verlo.
Y dijo esto más:

-Ya vimos, ya llegamos a su casa en México; de este modo, pues, ya podrá oír nuestras palabras, con toda calma.

Luego lo cogieron de la mano, con lo que lo fueron acompañando.

Le dan palmadas al dorso, con que le manifiestan su cariño.